

UNA PECULIAR APORTACIÓN AL ABSURDO Y EL DISPARATE

CONSUELO ARMIJO



**Jaime García
Padrino**

Catedrático de Didáctica
de la Lengua y la Literatura

Creada esta sección con el propósito de recuperar los ecos de obras y autores que, en su momento, gozaron de indudable popularidad y hoy en el peligro de caer en el olvido por desaparecer sus obras de los estantes de librerías y bibliotecas, queremos dedicar esta nueva entrega a una autora que nos dejó hace ya unos años en un silencio que hizo que esa noticia llegase tarde a muchos de los que la habíamos conocido y tratado en vida.

Consuelo Armijo Navarro-Reverter (Madrid, 14 de diciembre de 1940, 22 de junio de 2011) se dio a conocer en el panorama general de nuestra literatura infantil con el Premio Lazarillo 1974 concedido a su obra *Los batautos*, publicada aquel mismo año por Editorial Juventud con coloristas ilustraciones firmadas por Jordí Ciuró, y que tendría una segunda entrega con *Más batautos* (1978), en la misma colección «La hora del cuento» de esta editorial. En ambas obras, Armijo manejaba con originalidad la creación de un mundo imaginario con reconocibles referencias a la realidad del niño y con unos personajes a los que describía como “seres verdes con orejas al principio de la cabeza y pies al final del cuerpo”. En tan peculiar galería de personajes asexuados frecuentaba tópicos como el presumido y disparatado Peluso, su mejor amigo Buu, el gruñón Erito, el patoso Guti y el loco rey Don Ron, contemplados desde una perspectiva amable y con notas ingenuas. Sus breves episodios —de posible lectura independiente— planteaban temas como la



“ En el colegio las clases me aburrían. Según las monjas era tonta, y según yo, las tontas eran ellas (opinión que todavía sostengo). ”

amistad, la generosidad, la colaboración y la solidaridad, con un lenguaje donde combinaba términos coloquiales con otros inventados como recursos cómicos y refuerzo de la atmósfera disparatada y fantástica en la que situaba estas aventuras.

Tan particular mundo imaginario tendría en los años siguientes una agitada vida editorial con cambios en sus presentaciones e ilustraciones, a la vez que la autora incorporaba nuevas entregas a la serie. Así, tras editorial Juventud, la vallisoletana Miñón, dirigida entonces por Paz Altés, recuperaba aquellos primeros volúmenes, ahora con ilustraciones de Marta Balaguer. Así, tras la nueva presentación de *Los batautos* (1982) y *Más batautos* (1983), aparecieron *Los batautos hacen batautadas* (1984) y *Los batautos en Butibato* (1986), como demostración de la popularidad de su autora conseguida con tan particular recreación de un inocente mundo imaginario.

Un nuevo cambio en las relaciones de su autora con el mundo editorial llevaba estos volúmenes a otra renovada aparición de *Los batautos hacen batautadas* (1981) con ilustraciones de Alberto Urdiales bajo el sello de Espasa-Calpe, como segundo número de la colección «Austral Juvenil», creada y dirigida por Felicidad Orquín. Se producía así una curiosa duplicidad de ediciones en la década de los 80, momento en el que Consuelo era ya una de las autoras más populares y solicitada por las editoriales ante la evidente aceptación de los lectores más jóvenes.

No terminó aquí el viaje editorial de estos disparatados relatos de Consuelo Armijo, pues contaron con nuevas ilustraciones de Ángel Esteban a la hora de ser incluidos en la serie azul de «El barco de vapor», de Ediciones SM: *Los batautos* (1991), *Los batautos hacen batautadas*

(1992) y *Los batautos en Butibato* (1993). Precisamente, aquí Armijo cerraba el protagonismo de sus queridos personajes con *¡Hasta siempre, batautos!* (2004), ya en un momento donde parecía haber decaído la popularidad disfrutada en las décadas anteriores.

Otra interesante aportación de Consuelo Armijo al mundo del disparate y el absurdo humorístico corresponde a tres volúmenes que la editorial Noguer incluía en su colección «Mundo mágico»: *Mercedes e Inés o cuando la tierra gira al revés* (1981), *Mercedes e Inés viajan hacia arriba, hacia abajo y a través* (1982) e *Inés y Mercedes o cuando los domingos caían en jueves* (1986), ilustrados por Carmen Andrada. Para su protagonismo Armijo recurría a personajes cercanos a un cierto nonsense y con una visión propia de un surrealismo infantil plasmada en distintas peripecias donde jugaba con la desmitificación de una bruja muy especial, a la que colocaba en situaciones disparatadas y desarrolladas a partir de la amistad de una niña, Inés, con su vecina, Mercedes, que resulta ser una bruja capaz de cosas inverosímiles gracias a unos garbanzos maravillosos.

Tal cultivo del absurdo fantástico fue continuado por Consuelo Armijo con *Los machafatos* (1987) y *Los machafatos siguen andando* (1989), ilustrados por Francisco Meléndez, donde recreaba un bestiario disparatado con tales personajes —cuerpo de caballo cubierto de pelo color de rosa pálido, alas de murciélago y cuello de pájaro— y elementos comunes a sus creaciones anteriores en el empleo del lenguaje y en sus absurdas peripecias.

La amplia dedicación de Consuelo a la literatura dedicada a los más jóvenes cubrió otra de sus modalidades o corrientes,

que se centra en las relaciones del protagonista niño o joven con un adulto cargado de experiencias vitales, cuya misión, lejos de ser un mero transmisor a la manera tradicional, es enseñar a vivir al más joven, a descubrir el mundo y a las personas que le rodean. A la hora de desarrollar tales posibilidades, para ese personaje adulto Armijo elegía la figura de un abuelo, en *El Pampinoplas* (1979), con un tratamiento humorístico que animaba situaciones disparatadas, bien servidas con las ilustraciones de Antonio Tello, en la línea habitual de la autora comentada para las obras anteriores. En su desarrollo adoptaba, con gracia y un nivel de expresión asequible a los primeros lectores, la percepción del mundo desde los ojos del niño protagonista, Poliche, que se enriquecía gracias a sus relaciones con su abuelo Agapito, dando lugar a peripecias absurdas —carreras de globo inflados a pleno pulmón, la construcción de una bicicleta con velas, pero sin manillar, pedales ni asiento...— y, en especial, con la aparición de un personaje misterioso — que da título al relato— y que es, en realidad, otro anciano, antiguo amigo de Agapito, que ya jubilado se dedica a hacer ingenuas travesuras al resto del pueblo dentro de una extravagante

caracterización y cargada de rasgos ingenuos en la resolución de las peripecias.

En cuanto a la vida editorial de este relato de Consuelo Armijo, es de destacar que ganó la primera convocatoria del Premio El Barco de Vapor 1978, momento en que la Fundación SM inauguraba su dedicación al mundo de la Literatura Infantil y Juvenil, y que se ha mantenido desde entonces en su oferta editorial hasta 2017, fecha en la que aparece su edición más reciente en la base de datos de libros editados en España.

En esta misma corriente del tratamiento de la realidad infantil cabe situar a *Aniceto, el vencecanguelos* (1981), donde ya planteaba una situación inicial que hoy se consideraría propia del fenómeno de *bullying*, preocupación creciente en la escuela actual. Así, su protagonista, por su nombre, es objeto de las burlas de sus compañeros de clase, problema que se une a sus miedos a casi todo. A partir de esa situación inicial, la autora desarrollaba un proceso de superación personal, una vez que su protagonista pierde el miedo a equivocarse y aprende a respetarse y quererse.

Los valores de la amistad y de las relaciones familiares eran tratados, bajo el peculiar prisma de su autora cercano al

Mercedes e Inés
o cuando la
tierra gira al
revés
Noguer, 1981



absurdo, en *El mono imitamos* (1984), a partir del disparate de su protagonismo, un pequeño mono muy travieso, que se escapa de su ambiente natural y llegar a una ciudad, lo que provoca diversas reacciones en los humanos que se ven imitados por ese juguetón animal, hasta que es acogido y cuidado por dos hermanos. La solución, una vez más, es fácil e ingenua con el reencontro del pequeño mono y su madre, que lo devuelve a su ambiente natural, pero que no olvida a sus amigos humanos.

En aquella década de los ochenta, Consuelo seguía presente en distintos catálogos editoriales con obras como *Macarrones con cuentos* (1981), *Moné* (1982), *Risas, poesías y chirigotas* (1984), su única incursión publicada en la poesía infantil, donde mantenía su peculiar visión del disparate. También dedicó atención a las creaciones dramáticas para el público más joven, de las que ya había dado muestras en la revista *Bazar* durante los años finales de la década de los sesenta y los inicios de los setenta. Así, presentaba *Bam, Bim, Bom, ¡Arriba el telón!* (1981) con el subtítulo de "Obras teatrales para ser representadas, vistas y leídas por niños", seis piecitas que recuerdan aquellas colaboraciones para *Bazar*. Planteadas desde una concepción tradicional de las representaciones —donde dejaba a la discreción del director los decorados correspondientes—, el desarrollo de cada obra se basaba en diálogos humorísticos y disparatados con equívocos frecuentes y términos sonoros, acciones estructuradas en actos y escenas breves y personajes propios del fantástico mundo de enanos y gigantes —"Gorros y botas"—, reyes que promulgan decretos absurdos —"Cumpleaños de verano"—, dos señores, una criada, un bandido y un sargento de policía —"Una historia de sacos"—, viejecitos y niños —"Pájaros de invierno"—, otro rey, el jefe de protocolo, ministros, princesa y un plebeyo que quiere tener sangre azul —"Un duende en palacio"—, o personajes estafalarios presentados dentro de un jardín extraterrestre en "Disimulando".



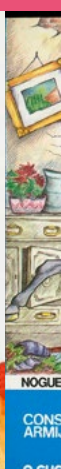
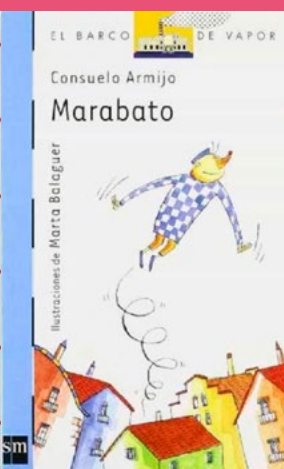
Otra aportación de Consuelo Armijo al teatro infantil era *Guiñapo y Pelaplátanos* (1984), premiada con un accésit en el V Premio de la Asociación Española de Teatro para la Infancia y la Juventud (AETIJ), que inscribía en su habitual cultivo del disparate y del sinsentido, tanto en el desarrollo de las acciones como en las caracterizaciones de los personajes. Estructurada en dos actos, las breves escenas daban lugar a una acumulación de situaciones absurdas y comportamientos exagerados, cercanos a lo grotesco, en personajes como Venturada —“señora de unos cuarenta años”—, el policía Pelaplátanos, la marioneta Guiñapo, un dragón y unos ayudantes.

En la que puede ser considerada su última etapa creadora, Consuelo Armijo seguía frecuentando sus habituales caminos narrativos con relatos como *En Viriviví* (1988) y *¡Piiii!* (1989). En el primero volvía a animar un mundo peculiar donde son posibles los personajes con sonoros nombres —doña Botines y su marido Celestino, el perro Mamarracho y la gata Natillas—, y los sucesos más incongruentes, como el funcionamiento de una máquina de hacer cosas nuevas o el día en que todo era de color rosa, incluida la llegada de duen-

des, hadas y brujas al pueblo, hasta llegar a una resolución final en la línea habitual de la autora. En el segundo de los relatos antes citados, partía de una situación real —el cumpleaños de su niño protagonista y los regalos que recibe— para romper con esa realidad gracias a un tren eléctrico de juguete con el que su protagonista emprende un fantástico viaje.

Tras un cierto silencio creador, Consuelo Armijo emprendía en los años finales de los noventa lo que cabe considerar el cierre de su dedicación a la literatura infantil y juvenil. Así *Caminos sin trazar* (1997) era su única incursión en la narrativa dedicada a los jóvenes lectores y dentro de los problemas propios de la realidad de un muchacho preocupado por asuntos tan trascendentales como la vida y la muerte.

A modo de cierre de su particular dedicación a la fantasía y al absurdo, Consuelo Armijo se adentraba en un interesante experimento narrativo donde llevaba a un desarrollo, si cabe más complejo, la creación de otro mundo, a caballo entre la realidad y la fantasía, con el explícito título de *Sérase una vez* (1997), bien ilustrado por Fernando Gómez. Impulsada por un propósito renovador, recurría al empleo del futuro verbal en su desarrollo rompien-



do con el uso habitual del pasado o del presente, sin perder el tono directo de sus apelaciones para la complicidad con los lectores, más necesaria precisamente por ese arriesgado recurso a la narración de peripecias que aún no han ocurrido. Además de ese insólito empleo del tiempo narrativo, Armijo volvía a los protagonismos absurdos, ahora un peculiar conjunto de vacas con sus habituales nombres sonoros —Tatatilla, Turufalda, Pepinola, Robustiana, Chirilaida...— a las que añadía a Don Litiburcio Rilubio y San Estanislao de Kostka, entre otros personajes disparatados.

Ya en los inicios del presente siglo mantenía sus constantes creadoras con *Mara-bato* (2002), donde volvía a ofrecer unos raros personajes y situaciones ilógicas — al protagonista y a su tía les encanta comer zapatos— con sus apelaciones directas a los lectores y un lenguaje cargado de giros coloquiales, contando con unas ilustraciones de Marta Balaguer, que se adaptaban bien, de nuevo, al carácter de la historia. Tras esta publicación, el cierre de la obra de Consuelo Armijo corres-

pondría, precisamente, a la despedida de sus más queridos personajes, en *¡Hasta siempre, batautos!* (2004), como ya quedó señalado más arriba, entrando en ese silencio que la acompañó hasta su fallecimiento. Silencio y olvido que se hace aún más triste cuando en algunas notas biográficas y comentarios sobre su obra se acompañan con fotos personales equivocadas, como las que se pueden encontrar incluso en una nota biográfica publicada por la editorial SM y disponible en Internet (<https://es.literaturasm.com/autor/consuelo-armijo#gref>), donde se ha utilizado la fotografía de la artista ganadora del Primer Certamen Nacional de Arte sobre la Pulpería, en Costa Rica, con su mismo nombre de Consuelo Armijo. Valga esta observación como una reivindicación de la necesidad de guardar la memoria más fiel y completa de nuestros autores de literatura infantil y juvenil.

Consuelo con actores infantiles de una de sus piezas teatrales representadas en la Librería Garbancito (Madrid)

